

## **RECORDANDO A PIETER VAN DER MEER DE WALCHEREN**

Es imposible no recordar con emoción y gratitud a este pensador holandés, casado, con una experiencia de vida monástica benedictina realizada por él y su esposa, durante casi dos años. Nueva vida en común; feliz hasta el extremo; viudo, monje y sacerdote benedictino hasta su muerte.

Sus obras, publicadas muchas de ellas en Ediciones "Carlos Lohlé", en español. (*Nostalgia de Dios; Hombres y Dios; Magnificat; La gran aventura; La hora de Dios; La vida oculta; Benito de Cursis; Vía Crucis; Todo es amor; Cuatro parábolas...*), han sido y son todavía, un manantial de vida espiritual y, especialmente, de testimonio cristiano dado por un hombre fuera de lo común, que quiso vivir en alta tensión su fe, tal como algunos de sus íntimos amigos la vivieron, entre los que se cuentan León Bloy, Jacques y Raïsa Maritain, Mons. Charles Journet, Henri Gheón, Stanislas Fumet, François Mauriac, Carlos Lohlé y tantos otros que aparecen en su *Diario*.

Creo importante no olvidar a quienes nos han precedido en la fe, sobre todo, si esos testigos son contemporáneos: nos es más fácil imitarlos, dado que los acontecimientos que ellos vivieron están cercanos a nuestra memoria.

Este artículo quiere ser un "ayuda-memoria" y un recuerdo. Para que nos sea expresa su actualidad, haré sólo un muy breve comentario a algunos párrafos de sus obras, con la intención de que vayamos a las mismas y encontremos allí una cantera riquísima en los más variados frutos de la naturaleza y la gracia: su vida espiritual, su testimonio como intelectual católico, la imagen maravillosa que nos ofrece como esposo y padre cristiano (tuvo un hijo sacerdote benedictino y una monja de la misma Orden religiosa); su rechazo total a la mediocridad y el conformismo; su exquisita fidelidad como amigo y -al fin de su vida- la alegría que lo embargó al abrazar la vida monacal y sacerdotal.

Entre lo mucho que escribí, desgajaremos "algo"...

### **1. "Eva es una oración del paraíso perdido"**

En el mejor estilo de los Padres, hace una reflexión sobre "el sacerdocio de Adán", su capacidad de ofrenda y el rol de Eva en el paraíso pero, sobre todo, fuera de él:

*Eva, la mujer, anhela con todo su ser por el paraíso, que es su hogar, su patria, su ser más genuino. Ella misma, una porción profanada del paraíso, ha perdido algo; está sujeta, busca ayuda y apoyo, busca redención. Recuerda el sacerdocio de Adán en el paraíso. Él le dio a ella lo santo, lo divino. Él debía haberla ayudado pero no lo hizo (...). Entonces brotó desde lo más profundo la llamada al sacerdote: esta llamada la profirió la mujer.*

Dejando de lado el valor teológico de esta reflexión y la profecía que Van der Meer ve en Adán respecto a Cristo, de lo que no hay duda es que no eludió la vocación humana y cristiana de pensar.

**2. "Un alma difícil y atormentada, le resulta a Dios -con seguridad- más cautivante que una devota señorita burguesa"**

*Creo que nuestro Señor ama mucho más a estos tremendos insensatos (se refiere a una chica que acababa de suicidarse...), que pecan porque en ellos hay la posibilidad de lo grande, tanto como poco hay en esos individuos secos, áridos virtuosos, itan solemnemente aburridos! La virtud, en el sentido cristiano burgués, es una especia de establecimiento comercial minorista, con un libro de contabilidad y una máquina calculadora. Es necesario respirar profundamente el aire delicioso de Dios.*

*El fracaso en el intento de asir lo grande es mejor, a pesar de todas sus trágicas y dolorosas consecuencias, que pasarse la vida durmiendo al estilo del pequeño burgués, y considerar que todo lo excelso, noble y hermoso, veraz y peligroso, es absurdo y exagerado.*

Van der Meer prefiere al pecador antes que al mediocre, a quien define como a un "burgués espiritual", conformista, poco amante de los grandes esfuerzos ni de la magnanimidad, precisamente porque tiene un corazón estrecho, donde pocas cosas caben. Son los que prefieren el puchero seguro como esclavo en Egipto, antes que la libertad en la peligrosa e incierta aventura del desierto. A ellos fustiga Van der Meer, desde la libertad de espíritu de la que siempre gozó, tanto cuando era laico como en su vida religiosa y sacerdotal. Fue de aquellos hombres que "hacen lo que quieren", y su querer es bueno, precisamente porque es el querer de los enamorados. Para nuestros tiempos, no vendría mal el bálsamo de estos convertidos adultos que saborearon la amargura de no tener fe y, precisamente por ello, porque supieron de su ausencia, la valoran y la acrecientan al tenerla, como un don que no se pueden dar el lujo de perder.

***3. "En todas las escuelas y noviciados del mundo, se debería enseñar a los jóvenes que toda criatura de Dios es buena. Aprender a ver, no sólo con los ojos, sino con todo nuestro ser: las estaciones del año, la luz, las estrellas, las nubes, las aves, las montañas, los seres humanos y el arte. Hay que estar atentos y no tomar distancias en sentido equivocado, no vayamos a hacer gentes mutiladas, pusilánimes o disminuidas. ¿Distanciarse de la belleza, de la música, de la literatura, del arte pictórico? Toda esta belleza llama a Dios y se dirige a Dios. Al mismo tiempo, y precediendo incluso a todo ascetismo, es amor a Dios. No debe convertirse a la gente en practicantes de un deporte ascético, que todo lo rechazan, incluso la belleza de la liturgia"***

El Autor que comentamos era, en verdad, un contemplativo y, como tal, no despreciaba valor alguno, humano o divino. Para él, "ver a Dios", no era un acto "de la cabeza", sino de la comunión en el amor de todo su ser: alma y cuerpo, espíritu y sentidos. De ahí que no sólo oraba, o permanecía largos momentos frente al Santísimo; de ahí que no sólo valoraba la misa como el momento culminante de su vida y de su día, sino que estudiaba, escribía, leía poesía, gozaba de la música y de los plásticos (su hija era una excelente dibujante y pintora, lo mismo que Cristina, su esposa). Todo lo bello era bueno para Van der Meer y, por lo tanto, era una porción o un destello de la Belleza, el Bien y la Verdad increada. Lo que pone en el texto citado es digno de ser tenido en cuenta para una educación integral de los niños y jóvenes, iniciándolos y educándolos en lo bello, de modo que "connaturalmente" rechacen lo feo, porque no es bueno y porque es una mentira a nuestra naturaleza, que fue creada buena e inclinada a lo verdadero, lo bueno y lo bello. Ni qué hablar de la formación de los religiosos y religiosas y de los futuros sacerdotes, para que sepan gustar las cosas de la tierra como salidas buenas de las manos de Dios y para que, a partir de lo creado, lleguen a la Belleza increada, de modo fácil, sin necesidad de intelectualizaciones extremas de las que esos mismos sacerdotes renegarían, porque se dan cuenta de que todo explican... ¡y nada explican!

No podemos mutilar lo que ha sido hecho para integrarse. Tan malo sería un "intelectual" que desdeñe la dimensión de la sensibilidad y de los afectos (¿un freezer?), como el que sostenga la postura contraria y sea alguien que no ejerza su racionalidad. No sé qué será peor: ¿un hombre insensible o un irracional?

**4. "Un poeta no inventa: descubre"  
"El canto es un invento del amor"**

Nuestro mundo no sólo apedrea a los profetas, sino también a los poetas: ¡No los soporta! ¿Por qué? Porque -como los niños y los locos- dicen la verdad, 'leen' debajo de la corteza gruesa de la vida y 'descubren' lo que ya está, pero que es invisible a los ojos. Para un "poeta", como lo fue Van Gogh aunque no escribía sino que pintaba, un campo puede ser azul y el mar, amarillo...: no hay problema alguno en ello, como para un autor bíblico, la soledad -especialmente la del alma- puede ser "una soledad poblada de aullidos", a pesar de que no haya lobos cerca. Van der Meer no escribió poesía, pero... ¡cuánto amaba y valoraba a los poetas! Habla de Dios como de un poeta. Los ve niños, con la inocencia incontaminada de los que aprendieron a no hacer daño. Los ve como a hombres y mujeres que no se avergüenzan de llorar o sufrir, ni de cantar...

En un mundo que apuesta "a lo súper"; en un mundo hipercompetitivo donde sólo los grandes ganan el partido de la vida, las más de las veces, a costa de dejar un tendal de muertos en el camino, los poetas (y los santos...) son los grandes "perdedores", los pobres, los que no sirven "para nada", sino para servir desde el canto y la danza y la música y el rescate de la palabra. Lo sepan o no, la palabra es la traducción del Verbo.

¿Podremos alguna vez vivir en un mundo donde los poetas tengan un lugar? Ellos podrían ayudarnos a que el paraíso que hemos convertido en una jungla, vuelva a ser un jardín. Como son enamorados, serían una ayuda para enseñarnos a amar al Amor y a cantar, pues "comprar a los enamorados, cantar".

*(fr Héctor Muñoz op)*

### **Nota del Autor**

*Este modesto artículo ha tenido una sola pretensión: que busquemos los libros de Pieter Van der Meer (casi todos agotados, pero que pueden ser hallados en Bibliotecas católicas), los lean, se deleiten en ellos y encuentren allí grandes verdades, no librecas, 'de papel', sino verdades vividas y testimoniadas por un hombre enamorado de lo bello. Esto nos demostrará que es posible encontrar la Verdad y las verdades, gozarse con el Bien y con los bienes y, como clímax de la vida cristiana, poder amar al Dios-Amor, simplemente por haber experimentado que Él nos amó primero...*